

Las misiones

Una de las formas especiales de la actividad divina la constituyen las misiones divinas.

1. La Sagrada Escritura y la Tradición oral nos garantizan el *hecho* de que hay misiones divinas.

a) La Sagrada Escritura testimonia tanto la *misión del Hijo* como la del Espíritu Santo. En el Evangelio de San Juan leemos (3, 16 y sigs.): «Porque así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en Él, no perezca, sino alcance la vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él.» En el capítulo quinto (versículo 23) se nos transmite la siguiente palabra de Cristo: «El que no honra al Hijo, no honra tampoco al Padre que le envió» (véase *Io.* 5, 36-38). El Apóstol San Pablo escribe a los gálatas (4, 4): «Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios desde el Cielo de cabe Sí a su propio Hijo, hecho hijo de Mujer, sometido a la sanción de la ley, para rescatar a los que estaban sometidos a la sanción de la ley, a fin de que recobrásemos la filiación adoptiva.»

b) El Evangelio de San Lucas, por ejemplo, testimonia la *misión del Espíritu Santo*. Según Lucas, 24, 49, Cristo declara en sus palabras de despedida: «Y he aquí que yo envío la Promesa de mi Padre sobre vosotros; y vosotros permaneced quietos en la ciudad, hasta que seáis revestidos de fortaleza desde lo alto.» En las palabras de despedida de Cristo, transmitidas por San Juan, leemos lo siguiente (14, 16-26): «Y Yo rogaré al Padre, y os

dará otro Abogado para que esté con vosotros perpetuamente: el Espíritu de la Verdad, que el mundo no puede recibir...» «Mas el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas y os recordará todas las cosas que os dije Yo.» Según San Juan (capítulo 15, versículo 26), Cristo dijo: «Mas cuando viniere el Paráclito que Yo os enviaré de cabe el Padre, Él dará testimonio de Mí. Y vosotros podéis también dar testimonio, ya que desde el principio estáis conmigo.» (Véase también 16, 7; *Gál.* 4, 6.)

2. Estos textos atestiguan el hecho de las misiones divinas. Al mismo tiempo demuestran que sólo el Hijo y el Espíritu Santo son enviados, mientras que el Padre mismo no es enviado, sino que ejecuta las misiones. En la Sagrada Escritura se dice del Padre que *viene* a los hombres (*Io.* 14, 23).

3. Los hechos relatados en la Sagrada Escritura nos ayudan a comprender mejor las misiones divinas. Bajo el nombre de misión se entiende la comunicación a las criaturas de una Persona divina, verificada por otra Persona divina a base de un orden original intradivino.

La misión comporta, pues, dos notas características:

a) La Persona enviada procede de la Persona que envía.

b) La Persona productora envía la Persona procedente a la criatura racional de tal modo que la Persona enviada se halla presente en la criatura de una manera nueva.

Esta explicación remonta a San Agustín. La misión implica, pues, una actividad de Dios temporal y eterna. En la actividad temporal aparece la eterna en la esfera de la Creación, por decirlo así. La misión es, en cierta manera, la continuación de los procesos intradivinos en el mundo creado por Dios.

A causa de la dependencia que media entre la producción eterna y la entrada en la Creación de la Persona enviada, los teólogos occidentales creen poder afirmar que el Espíritu Santo procede eternamente también del Hijo, puesto que, según el testimonio de la Sagrada Escritura, el Espíritu Santo es enviado también por el Hijo.

4. Debido a la igualdad total de las Personas divinas, la misión no implica, como es natural, ni un mandato, ni un consejo,

ni un deseo de la Persona enviante frente a la Persona enviada. Antes bien, la misión depende de un designio del Dios trino y uno. La misión es voluntaria, tanto en lo que concierne a la Persona enviada como en lo que se refiere a la Persona enviante. El Padre envía al Hijo y al Espíritu Santo en virtud de una decisión amorosa y libre. El Hijo y el Espíritu Santo no sólo están de acuerdo con esta decisión amorosa divina, sino que la ejecutan juntamente con el Padre, adoptándola activamente. Son, pues, enviados porque quieren ser enviados y en tanto que lo son. En cada caso la Persona enviada recibe de la Persona que la produce la decisión libre de dejarse enviar.

5. Debido a la unión íntima y mutua de las tres Personas divinas, la misión de una de ellas implica la presencia de las otras. La misión no implica ni una separación local ni un alejamiento espiritual de la una con referencia a las otras, sino la autocomunicación del Dios trino y uno. La autocomunicación divina se verifica bajo la forma de misión. Dios se comunica a las criaturas racionales, en tanto que el Padre envía al Hijo y al Espíritu Santo. De ahí resulta que la relación de la criatura con respecto a la Persona enviada no es más íntima que la relación entre la misma criatura y la Persona que envía. La misión alude al modo de realización intradivina: al aspecto interno de la autocomunicación de Dios.

6. El efecto formal de la misión es la cohabitación del Dios uno y trino en el hombre. Este cohabitar en el hombre es común a las tres Personas divinas. Cada una de las Personas está presente con la misma intensidad en el hombre a quien Dios se digna enviar.

Si bien no hay diferencia alguna entre las Personas en lo que concierne a la intensidad de presencia de la Persona enviante y enviada, cabe preguntar, sin embargo, si no habrá diferencia en la cualidad de la presencia, en su modo o manera de ser.

a) Los Padres griegos, sobre todo Cirilo de Alejandría, y los teólogos de la época moderna por él influenciados, como los del siglo XIX, especialmente (Cornelius a Lapide, m. en 1623; Petavius, m. en 1652; L. Thomassin, m. en 1695; Bernhard de Ru-beis, m. en 1775; Carl Passaglia, m. en 1887, y muchos de sus discípulos: Clemens Schrader, Denzinger, Hettinger, Hergenrö-

ther, especialmente Scheeben, y además A. Scholz, C. M. Jovene, E. Scholl, H. Ramière, Borgianelli, M. Hurter, Th. de Regnon, Hermann Schel, Constantin Gutberlet, y otros) atribuyen a cada una de las tres Personas divinas, sobre todo al Espíritu Santo, una cohabitación especial en correspondencia con la peculiaridad personal de cada una de ellas. A pesar de diferencias doctrinales sobre puntos particulares, estos teólogos defienden unánimemente la siguiente opinión: La cohabitación de Dios en el hombre que vive en estado de gracia le concede a éste una participación en la esencia divina, una especie de coposesión. La participación en la esencia divina se verifica por conducto del Espíritu Santo. Según la doctrina trinitaria de los griegos, el Espíritu Santo es la consumación de la vida divina trinitaria. La corriente vital divina brotará en el Padre, pasando desde él hasta el Hijo y a través de éste hasta el Espíritu Santo. En el Espíritu Santo se eleva esa corriente hasta el punto culminante, terminando de este modo su circulación en el ámbito de lo divino interno. Por consiguiente, el Espíritu Santo es en cierto modo la frontera tras la cual comienza la realidad del mundo. Por eso, si la vida divina ha de llegar hasta las criaturas, tiene que pasar a través del Espíritu Santo. Desde el punto de vista de tal idea de la Trinidad representada por los Padres griegos, la cohabitación de las tres Personas divinas se puede explicar de la siguiente forma: El Espíritu Santo, enviado por el Padre y por el Hijo, toma posesión del hombre a quien ha sido enviado, le une consigo mismo y le comunica de esta manera la posesión de la naturaleza divina, idéntica en las tres Personas. Debido al carácter relativo del Espíritu Santo y a su unión íntima e indisoluble con el Padre y el Hijo, fundada en ese carácter, la participación en su ser comporta la unión con las otras dos Personas divinas. Más aún: el Espíritu Santo es enviado para que todos aquellos de quienes ha tomado posesión sean conducidos al Hijo, y, por medio de éste, al Padre. El Espíritu Santo toma posesión del hombre a quien ha sido enviado en nombre del Padre y del Hijo. Debido a ello, su unión con el hombre no es una unión hipostática parecida a la que tuvo lugar en la Encarnación del Logos.

El Espíritu Santo está presente en el yo humano de un modo correspondiente a su peculiaridad personal. Lo mismo cabe decir de las otras dos Personas divinas, cuya presencia es un resultado directo de la presencia del Espíritu Santo. He aquí lo que escribe Scheeben sobre esto: «La Persona enviada aparece entonces como

alguien que ha sido enviado de antemano; como precursor, como alguien que entre primeramente en nuestro interior, sin efectuar propiamente la unión con la Persona que envía por medio de una función especial, y sin presentarse como mediadora entre las dos partes que han de ser unidas. Esta es la idea que corresponde de ordinario al título de enviado; la Sagrada Escritura y los Padres la aplican a la misión del Espíritu Santo. Según los Padres, al movimiento de procedencia de las Personas divinas corresponde un movimiento retrógrado, en tanto que el Espíritu Santo nos une con el Hijo y nos conduce por medio de Él hasta el Padre, al entrar, habitar y operar en nuestra alma. En virtud de la misión y comunicación del Espíritu Santo, llegamos a ser partícipes en la naturaleza divina, somos unidos de esta manera con el Hijo, que vuelve a nacer en nosotros, y a consecuencia de ello entramos en relación con el Padre, que pasa a ser nuestro Padre» (*Die Mysterien des Christentums*, párrafo 31, ed. Höfer). Gutberlet (Heinrich Gutberlet, *Dogmatische Theologie*, VII, 1897, 60) expone lo que sigue: «De acuerdo con lo dicho, no se trata de una mera *appropriatio* cuando la Sagrada Escritura y la Iglesia nos enseñan que hay una relación especial entre el Espíritu Santo y el alma en estado de gracia... Esta relación entre el alma y el Espíritu Santo es propia de esta Persona, no una relación *appropriatio*.» Concedámoslo: no le es propia en el sentido ordinario, en el sentido de que sólo el Espíritu Santo estuviese en relación especial con la Gracia. Ya hemos visto que a las tres Personas les corresponde tal relación. Pero a cada una de las Personas les corresponde de una manera especial, de acuerdo con su peculiaridad personal, no a las tres en tanto que todas ellas poseen la misma naturaleza divina. Hablando con exactitud, la relación establecida por la Gracia se halla entre la *propietas* y la *appropriatio*, y en este sentido no pertenece ni a la una ni a la otra categoría.

Se trata de un malentendido cuando se atribuye a los susodichos teólogos modernos la opinión de que, según ellos, sólo al Espíritu Santo le corresponde el cohabitar en el hombre. En virtud de la misión, la cohabitación atañe a las tres Personas divinas, pero a cada una de ellas en correspondencia con su peculiaridad personal.

Estos teólogos están convencidos también de que su doctrina no está en contradicción con el dogma que define que la actividad de Dios *ad extra* con respecto al mundo no es triple, sino única (véase el § 49). Según ellos, la misión y la cohabitación no es una

actividad extradivina, entendida esta palabra en el sentido corriente. Además, la presencia de las tres Personas divinas, fundada en la misión, es afirmada y querida por cada una de las Personas en el acto voluntario uno e idéntico, en el acto que ejecutan cada una de las Personas divinas de acuerdo con su peculiaridad personal.

b) Prescindiendo de los teólogos arriba nombrados, la mayor parte de los cuales gozan de gran prestigio, la Teología occidental no tiene en cuenta que las tres Personas divinas habitan y operan en el hombre en conformidad con su oposición relacionada. En la cohabitación de las Personas divinas no ve más que la presencia de la esencia divina única en la criatura racional, presencia que corresponderá del mismo modo a cada una de las Personas. Si bien la Sagrada Escritura y los Santos Padres parecen atribuir al Espíritu Santo una presencia especial, la Teología occidental piensa que se tratará aquí de una apropiación (véase el § 51).

Estos problemas se estudiarán detenidamente en el tratado sobre la Gracia.

7. La misión tiene una finalidad sobrenatural. Hemos visto que el resultado de la misión es una especial y más intensa presencia de Dios, que sobrepasa el grado de la presencia general divina. Está destinada a realizar el reinado de Dios en el hombre, así como la santificación y salvación de ese mismo hombre, las cuales se basan en el reinado de Dios. Aun sobrepasando el grado de la presencia general de Dios en las criaturas, es inferior a la presencia de Dios que encontramos en la encarnación del Logos. Se halla en el medio entre la Encarnación y la presencia de Dios en el mundo, que se deriva del hecho de la Creación. Es un misterio profundo, y la razón creyente no llegará nunca a comprenderlo totalmente.

Los teólogos han tratado de explicar el misterio de la presencia de Dios en el hombre que está en estado de gracia. De esta manera han surgido diferentes teorías explicativas. Siguiendo a Santo Tomás, se podría interpretar el misterio de la presencia del Dios que se comunica a las criaturas por medio de las misiones: el Espíritu Santo llena y compenetra el alma del que está en estado de gracia, lo une con Cristo y graba en él la imagen de Cristo. Por medio de Cristo asciende hasta el Padre en el Espíritu Santo en el hombre que vive en la gracia. Dios obra en él, hace que sea introducido en la esfera de la vida divina trinitaria, que participe

en ella. De ordinario, nuestra conciencia no percibe estos procesos, los cuales, no obstante, nos ofrecen la posibilidad de un nuevo conocimiento de Dios, de un nuevo amor de Dios; nos permiten gustar a Dios. Durante el tiempo de la peregrinación aquí abajo no llegará a realizarse plenamente esta posibilidad concedida al hombre por la Gracia. Aquí en la tierra se realiza de un modo imperfecto en el abandono con que el creyente se entrega a Dios. Este abandono, esta entrega adquiere un grado especial de intensidad en «la visión de Dios» concedida a los místicos. Pero sólo en el cielo alcanzará pleno desarrollo la posibilidad de una unión especial con Dios fundada en las misiones. El cielo no es más que la participación en el intercambio vital de las tres Personas divinas. Esta participación perfecta en el intercambio vital trinitario comienza y se fundamenta aquí en la tierra.

La doctrina que enseña que el hombre en estado de gracia entra en la esfera del intercambio vital de las tres Personas divinas durante el tiempo de la peregrinación terrena, bien que de una manera oculta, ha inducido a los místicos a buscar, experimentar y vivir la vida trinitaria divina en las profundidades del alma (castillo del alma, morada interior, ápice del alma, nacimiento de Dios en el alma, etc.). Véase el tratado sobre la Gracia.

8. Las misiones pueden ser visibles e invisibles. Las misiones son visibles cuando la comunicación de la Persona enviada va acompañada de un símbolo visible, pero cuyo sentido sólo conoce el creyente (la paloma en el bautismo de Jesús, descenso del Espíritu Santo el día de Pentecostés bajo la forma de lenguas de fuego). La misión es invisible cuando se comunica a la Persona elegida sin signo alguno exterior y visible; es decir, cuando sólo podemos afirmarla en actos de fe, sin que haya posibilidad alguna de constatarla experimentalmente. La misión visible puede ser sustancial o accidental. La Encarnación es una misión visible y sustancial; el descenso del Espíritu Santo bajo la forma de paloma, es una misión visible accidental.

9. En la Encarnación se da la plenitud de la misión. El Hijo de Dios es enviado a la naturaleza humana de tal modo que el Yo del Hijo divino llega a ser el yo de la naturaleza humana en la cual ha entrado, estando presente en la Historia y en la naturaleza humanas. Después de la Encarnación las misiones son tales que pasamos a estar unidos con Cristo.

10. El Hijo de Dios, realmente unido con nosotros por medio de su naturaleza humana gloriosa, nos envía su Espíritu, envía al Espíritu Santo. Cristo es el portador, poseedor, dispensador y mediador del Espíritu Santo (A. Wirkenhauser, *Die Christus-Mystik des heiligen Paulus*, 50). El Espíritu Santo fluye, en cierto sentido, de la naturaleza gloriosa de Cristo, naturaleza humana compenetrada por el Espíritu Santo; fluye de Cristo, que ha pasado a ser un Espíritu dispensador de vida (*I Cor.* 15, 45; véase el § 44, 2, *b*), *aa*) y *bb*); y el tratado sobre la Iglesia), y se derrama sobre los cristianos (*Io.* 20, 22; *Act.* 2, 1 y sigs.; 4, 8; 25, 31). De este modo, los cristianos se convierten en templos del Espíritu Santo (*I Cor.* 3, 16; 6, 19; *II Cor.* 6, 16). El Espíritu Santo, presente en el yo humano, ilumina e inflama al hombre con su luz y con su fuego (San Ambrosio, *De Spiritu Sancto*, liber I, ca. 6, cap. 16). Es decir, al mismo tiempo que la comunicación del Espíritu Santo, y por medio de ella, surge en nosotros la vida divina accidental, la Gracia santificante. El fundamento de esto se halla en la unión con Cristo establecida, asegurada y ahondada por el Espíritu Santo (*Rom.* 5, 5; véase el tratado sobre la Gracia).

Siendo Cristo la cabeza de la Iglesia, sólo se puede participar en su Espíritu por medio de la Iglesia, de la cual el Espíritu Santo es corazón y alma, como enseñan San Agustín y Santo Tomás de Aquino (véase el tratado sobre la Iglesia).

He aquí lo que escribe San Agustín: «Por consiguiente, el que posee al Espíritu Santo, ése está en la Iglesia, la cual habla en todos los idiomas. El que está fuera de la Iglesia carece del Espíritu Santo. En efecto, el Espíritu Santo se ha dignado descender, se ha dejado oír en los idiomas de todos los pueblos para que se sepa que posee al Espíritu Santo todo el que vive en unión con la Iglesia, la cual habla en todos los idiomas» (*Sermón* 368, 2). En otra ocasión escribe lo siguiente: «Que nadie se atreva a afirmar: yo he recibido el Espíritu, ¿por qué, pues no puedo hablar en todos los idiomas? Hermanos míos, si queréis tener el Espíritu Santo, entonces tened en cuenta lo que os voy a decir: Nuestro espíritu, el espíritu por medio del cual vive el hombre, se llama alma; así es en efecto, el espíritu por medio del cual cada hombre vive su vida especial se llama alma. Ya véis lo que el alma rinde en el cuerpo. Da vida a cada uno de los miembros, ve con los ojos, oye con los oídos, huele con la nariz, habla con la boca, con las manos trabaja y anda con los pies. Comunica la vida a todos los miembros, les señala a todos su función. El ojo no oye, el oído no puede ver, la lengua no ve, el oído o el ojo no hablan. Pero todos viven: vive el oído y vive la lengua; las funciones son distintas, la vida es común. Eso mismo sucede con la Iglesia de Dios. En un santo obra milagros, en otro conserva la virginidad, en otro, la castidad conyugal; en el uno, esto; en el otro, aquello. Todos desempeñan la función espe-

TEOLOGIA DOGMATICA

cial que les corresponde, pero todos disponen de la misma vida y del mismo modo. Lo que es el alma con respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo con respecto al cuerpo de Cristo, es decir, con respecto a la Iglesia. El Espíritu Santo ejecuta en la Iglesia total lo mismo que ejecuta el alma en los miembros de un cuerpo dado. Pero prestad atención a las cosas de que os debéis guardar. Prestad atención a lo que debéis observar y a lo que debéis temer. Sucede a veces que se corta un miembro del cuerpo humano, una mano, un dedo, un pie. ¿Acaso se va el alma con el miembro cortado? Mientras estaba en el cuerpo, tenía vida; pero tan pronto como se le corta, pierde la vida. Igualmente el hombre es cristiano-católico mientras vive en el Cuerpo. Separado de él, se hace hereje. El miembro separado carece de la compañía del Espíritu. Por tanto, si queréis vivir del Espíritu Santo, debéis permanecer firmes en el amor, amar la verdad, desear la unidad, para que así alcancéis la eternidad» (*Sermón 267, 4*). Según Santo Tomás, el Espíritu Santo baja de Cristo glorificado a todos sus miembros (*Comentario a la Carta a los Romanos, 12, 2*). En lo demás defiende la doctrina occidental. Cfr.: S. Tromp, *De Spiritu Sancto, anima Corporis Mystici*. Vol. I: *Testimonia selecta e Patribus Graecis*, 1932. Vol. II: *Testimonia selecta e Patribus Latinis*, 1932.